

SOBRE LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

LA OBRA EXTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO: LA EVANGELIZACIÓN.....	2
--	---

LA OBRA INTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO COMO MAESTRO DEL ALMA.....	5
---	---

▪ LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.....	6
El don de temor de Dios.....	7
El don de piedad.....	10
El don de fortaleza.....	12
El don de consejo.....	14
El don de ciencia.....	16
El don de entendimiento.....	20
El don de sabiduría.....	22
▪ LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.....	25
La longanimidad.....	25
La mansedumbre.....	28
El dominio de sí.....	30
La alegría.....	32
La amabilidad.....	35
La paz.....	37
La castidad.....	39
La bondad.....	42
La modestia.....	44
La fidelidad.....	46
La paciencia.....	48
CONCLUSIÓN.....	50

LA OBRA EXTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO: LA EVANGELIZACIÓN

En Pentecostés, la Iglesia celebra el descenso del Espíritu Santo. En esta fiesta, nos alegramos porque se ha cumplido la profecía de Joel (cf. Jl 3), y porque Pedro, hablando con autoridad, logra tocar el corazón de sus oyentes (cf. Hch 2,16-21).

Ese signo extraordinario de que todos los ahí presentes, que procedían de las más diversas regiones del mundo, podían oír en su propia lengua lo que los apóstoles decían (cf. Hch 2,8-11), era un signo para el futuro. La Iglesia, que de alguna manera se hizo visible en ese día, ha sido enviada para anunciar el evangelio a todos los pueblos (cf. Mt 28,19).

Pero el Señor Resucitado había encomendado a sus discípulos que esperaran el descenso del Espíritu Santo, antes de dar inicio a su misión universal (cf. Lc 24,49). Y una vez que habían recibido el Espíritu Santo y contaban con su presencia, pudieron llevar el evangelio hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8), pues es el Espíritu el que nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26). ¡Él es la memoria viva del Señor en nosotros!

Y entonces, con el corazón compungido tras haber oído el discurso que pronunció Pedro, lleno del Espíritu Santo, las personas preguntaron a los apóstoles: “¿*Qué hemos de hacer, hermanos?*” (Hch 2,37)

La pregunta “¿qué hemos de hacer?”, es señal de una verdadera conversión. Y es que cuando hemos sido convencidos por el Espíritu Santo, que es quien nos lleva

a la verdad plena (cf. Jn 16,13), la única pregunta que queda por hacerse es acerca de la voluntad concreta de Dios.

Los oyentes se conmueven, gracias a que el Espíritu Santo los toca en su interior. Por una parte, el Espíritu Santo inspira las palabras de San Pedro; y, por otra parte, ese mismo Espíritu obra en el corazón de los oyentes, para que acojan la verdad anunciada.

La respuesta concreta que da Pedro a esta pregunta es: *“Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados y para que recibáis el don del Espíritu Santo”* (Hch 2,38).

Este pasaje bíblico nos muestra aspectos esenciales de la evangelización. No somos nosotros los que podemos convertir a las personas; pero, en la íntima unión con el Espíritu Santo, podemos ser instrumentos para que Él obre la conversión en el corazón de los oyentes.

Entonces, el Espíritu Santo ha sido enviado para la evangelización, para continuar la obra del Señor a través de los apóstoles y sus sucesores, para iluminar, fortalecer y empujar a la Iglesia en esta misión que le ha sido confiada.

El Espíritu Santo es quien ilumina el entendimiento, para poder comprender mejor las verdades de la fe. Él, junto con la Iglesia, nos concede los dogmas de fe, que nosotros, los fieles, acogemos como verdades irrevocables, por haber sido definidas por la Iglesia gracias a la iluminación del Espíritu Santo. Estos dogmas nos preservan de las falsas doctrinas, que ya en la Iglesia naciente amenazaban la auténtica fe.

Si reconocemos a Jesús como Señor y Mesías, es gracias a la obra de Dios, como le dijo Jesús a Pedro cuando éste hizo su profesión de fe (cf. Mt 16,16-17). Quien haya llegado a esta convicción, normalmente no la volverá a perder; a menos que el pecado oscurezca en él la luz de la fe.

LA OBRA INTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO COMO MAESTRO DEL ALMA

El Espíritu Santo no sólo guía exteriormente a la Iglesia y a los apóstoles; sino que Él es también el Maestro de nuestra vida interior. Él nos lleva a la conversión y nos conduce por un camino de constante transformación interior. El mismo Espíritu que guía a la Iglesia y nos lleva a la verdad plena, es el que también modela nuestra alma según la imagen de Dios, siempre y cuando sigamos sus impulsos.

Jesús no nos dejó como huérfanos cuando volvió al Padre (cf. Jn 14,18); sino que Él, junto con el Padre, nos envió al Espíritu Santo, que permanecerá siempre con nosotros (cf. Jn 14,16).

Este Espíritu empieza a guiarnos por el camino de una conversión cada vez más profunda, una vez que hemos vivido la primera conversión que Dios nos ofrece. Podemos decir que el Espíritu Santo nos lleva desde la primera hacia la segunda conversión. Con el bautismo, hemos recibido la gracia santificante y nos fueron infundidas las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

En este camino cada vez más intenso de seguimiento de Cristo, el Espíritu Santo nos invitará a leer y meditar la Sagrada Escritura, a orar con regularidad, a recibir los sacramentos, a participar de diversas formas en la vida de la Iglesia, a practicar las obras de misericordia corporales y espirituales...

Y ese mismo Espíritu nos impulsa a practicar con nuestra voluntad las virtudes: tanto las cardinales (que son la

fortaleza, la prudencia, la templanza y la justicia), como también las otras virtudes cristianas: la humildad, la caridad, la castidad, la paciencia, la modestia, la diligencia, la bondad...

Hemos de estar conscientes de que nos espera un largo camino en nuestro seguimiento de Cristo, pues del mismo modo como el crecimiento corporal y psicológico toma su tiempo, también el crecimiento espiritual requiere de un proceso. Ciertamente hay excepciones, pues en ciertas circunstancias -que sólo Dios determina- Él puede acelerar el proceso, como sucedió en la vida de algunos santos.

Los siete dones del Espíritu Santo

Aunque nos esforcemos sinceramente en recorrer el camino de santidad, una y otra vez nos chocamos con nuestras propias limitaciones. Éstas proceden de nuestra naturaleza caída, y no podemos superarlas con nuestras propias fuerzas. Por eso, Dios viene a nuestro auxilio a través de los siete dones del Espíritu Santo, obrando a través de ellos nuestra transformación interior. Vale aclarar que estos siete dones son distintos a los dones carismáticos de los que habla San Pablo en la Carta a los Corintios (cf. 1Cor 14). Mientras que los carismas sirven para la edificación de la comunidad, los dones del Espíritu Santo harán crecer la vida de Dios en nosotros.

La virtud se desarrolla por los esfuerzos de nuestra voluntad, con el sustento de la gracia; los dones del Espíritu, en cambio, son principios de carácter

sobrenatural, que nos hacen capaces de acoger la ayuda del Espíritu Santo, de reconocer sus mociones y de seguirlas. Estos dones son, por tanto, una constante disposición que Dios ha puesto en las potencias de nuestra alma, para que lo escuchemos y lo sigamos.

Podemos reconocer claramente cómo obró en Pedro el espíritu de fortaleza después del Pentecostés. Antes de que descendiera sobre él el Espíritu Santo, negó tres veces al Señor cuando se vio en peligro. Pero una vez que se arrepintió y recibió el Espíritu, fue capaz de dar testimonio con toda valentía, aun sabiendo que así se ganaría la enemistad de los escribas y fariseos.

Podemos comparar la práctica de las virtudes por impulso del Espíritu Santo con un barco que nosotros remamos con esfuerzo. En cambio, cuando actúan los dones del Espíritu Santo es como si sacáramos la vela del barco para que el viento nos empuje.

Con este ejemplo podemos notar cuán importante es que actúen en nuestra vida los dones del Espíritu, para que aquel que vive la vida de la gracia y se esfuerza por practicar las virtudes, pueda seguir fácil y rápidamente los impulsos divinos.

El don de temor de Dios

“Primicia de la sabiduría es el temor del Señor.”

(Sal III,10)

“Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación.”

(Fil 2,12)

Este don del Espíritu Santo produce en el alma del hombre un fuerte rechazo hacia el pecado, evitando cualquier minimización o relativismo. Ésta es una de las primeras lecciones que el Espíritu Santo concede al alma que busca la santidad, con el fin de prepararla para la unificación con Dios. Antes de ello, el alma ya debe haber despertado al amor, y debe comprender que sólo el pecado puede separarla de Dios.

Este santo temor es el de un niño, que no quiere hacer nada que pudiera apartarlo de su Padre; nada que pudiera ofenderlo. Por eso, es muy distinto al temor servil y escrupuloso, que se preocupa sólo por el castigo. Sin duda es mejor apartarse del pecado por temor al castigo que seguir en él sin escrúpulo; pero si el temor servil no se va transformando poco a poco en un temor de hijo, entonces el alma podría volverse rígida y severa. El temor de hijo, en cambio, lleva a una generosa entrega a Dios y conduce a la perfección.

Se trata de un temor que procede del amor, y que engendra una actitud de reverencia, pues percibe la inconmensurable grandeza de Dios, a la vez que siente su misericordia. Entonces, el don de temor de Dios madura en la consciencia de estas dos cualidades divinas: su inmensa grandeza y su infinita misericordia. El perfecto temor de Dios vive del perfecto amor al Padre.

Es importante que este don se desarrolle en nuestra vida espiritual, precisamente para dar lugar a una verdadera reverencia. El asombro ante la santidad de Dios evita que abusemos de la confianza con Él. Con la actitud de

reverencia, sabremos descubrir más a profundidad el enorme regalo de la Eucaristía, y valorar la inmensidad del sacrificio de Cristo. Así, podremos contrarrestar aquellas tendencias que le quitan importancia a la actitud de respeto y reverencia ante las acciones sagradas. Si se hacen a un lado los gestos de reverencia, procedentes del amor a Dios; y en su lugar aparece la mundanidad, las constantes habladurías, la dispersión, la comodidad, etc., entonces las personas ya no se verán atraídas por aquel santo silencio que debería reinar en la Iglesia, a través del cual Dios puede tocar más fácilmente sus corazones.

Pero el don de temor no sólo hace crecer el amor a Dios; sino que también cambia nuestra relación con el prójimo. Si aprendemos a verlo como un hijo amado de Dios, examinaremos más cuidadosamente nuestra forma de tratarlo, cuestionándonos si estamos correspondiendo al amor y al respeto que merece. Así, cuando empieza a obrar el don del temor, dejaremos a un lado las habladurías sobre nuestro hermano o hermana, y seremos cada vez más delicados con el prójimo.

Para que puedan desarrollarse en nosotros estos dones infundidos por Dios, hemos de esforzarnos por tener un orden espiritual en nuestra vida, en una constante moderación. Esto quiere decir que debemos refrenar nuestras pasiones desordenadas y la atracción por los desordenados goces de los sentidos.

El don de piedad

“El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.”

(Rom 8,16)

Si el don de temor nos lleva a adherirnos a Dios con amor filial, y a no hacer nada que pueda ofenderlo, a través del don de piedad el Espíritu Santo toca nuestra vida espiritual de una nueva forma, dulce y suave, para perfeccionar y facilitar nuestra relación con Dios y con el prójimo. La piedad busca conquistar el corazón de Dios como Padre Amado. Queremos mostrarnos como verdaderos hijos suyos, y causarle alegría en todo lo que hacemos. De esta forma, las más duras y pesadas cargas pueden volverse dulces y ligeras.

En cuanto a la relación con el prójimo, el don de piedad lleva a plenitud nuestra justicia, en cuanto que nos ayuda a lijar todas nuestras asperezas y a vencer cualquier frialdad y dureza en el trato con los demás, especialmente con aquellos que nos desagradan o que tienen una actitud hostil frente a nosotros. Cada vez nos resulta más claro que Dios es el Padre de todos los hombres, y así el don de piedad quiere impregnar nuestra vida, también en lo que respecta a nuestra relación con el prójimo, haciéndonos más dóciles y amorosos.

El parentesco sobrenatural se vuelve más profundo que el parentesco natural, pues éste procede directamente de la voluntad del Padre. Por tanto, estamos llamados a tratar a cada persona no como a un desconocido, sino

como a un hermano.

El don de piedad quiere suavizar nuestro corazón, y nos lleva a practicar la virtud de la mansedumbre. Pero con nuestras propias fuerzas no logramos ser mansos todo el tiempo, menos si nos encontramos en situaciones adversas. Precisamente en esas circunstancias reconocemos que no somos capaces por nosotros mismos. Pero Dios derrama en nosotros el don de piedad, derritiendo las durezas de nuestro corazón. Él toma en Sus manos nuestro corazón: “Señor, haced mi corazón semejante al Vuestro”.

Podemos desear con ansias el don de piedad, bajo cuyo influjo nos haremos más calurosos y nuestro corazón se hará como el de un niño. De forma particular, hemos de pedir este don en aquellos momentos cuando nos sentimos secos y fríos. ¡No nos dejemos confundir por estos sentimientos! La fidelidad y la oración perseverante, precisamente cuando no sentimos devoción, atraerán sobre nosotros el don de piedad.

La facilidad que produce la piedad procede del amor a Dios y del amor al prójimo. Un sacerdote dijo una vez en su homilía: “Los ángeles cumplen la voluntad de Dios gustosa, total e inmediatamente.” Esta descripción se aplica perfectamente para el don de piedad. Vale aclarar que no podemos hacernos la idea de que esta facilidad proviene del sentimiento. ¡No! Está enraizada en la voluntad, y va abarcando también los niveles más profundos del corazón. Es el corazón el que busca agradar a Dios, y esto puede transmitirse también a la dimensión emocional, de manera que resulta aún más

sencillo, porque nuestra naturaleza va, por así decir, al unísono con el espíritu.

Pero conviene que diferenciamos los sentimientos espirituales de los emocionales. Puede ser que mi espíritu se regocije en cumplir la voluntad de Dios y que ése sea su anhelo; mientras que las emociones todavía están sentimentalmente bloqueadas. Pensemos, por ejemplo, en el sufrimiento: puede que ya lo haya aceptado con mi espíritu, y que incluso, en una dimensión profunda, me alegre de poder servir así a Dios y a los hombres; pero mis sentimientos pueden estar todavía atrapados bajo el peso de la cruz.

La virtud de la justicia desea que cada uno reciba lo que le corresponde, y así ella es la base necesaria sobre la que puede actuar el don de piedad. Pero la piedad va mucho más allá que la justicia, pues quiere compartir con el prójimo el amor de Dios; quiere encontrarse con él en este amor. Y puesto que el amor divino supera a la justicia, nuestro corazón se hará manso, de manera que podemos actuar con los demás así como Dios lo hace con nosotros.

El don de fortaleza

“Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro.”

(Lc 11,21)

El don de fortaleza tiene la tarea de robustecer el alma, para hacerla cada vez más valiente en el servicio del Señor. Este don nos concede la fuerza para seguir

siempre las mociones y las invitaciones del Espíritu Santo; para aceptarlo todo y querer todo lo que Dios quiere.

En las exigencias más altas de la vida espiritual, la virtud de la fortaleza llega a sus límites. Queremos entregarnos del todo a Dios; pero tememos abandonarnos sin reservas, tenemos miedo de entregarle todo. Aunque ya reconocemos lo que Dios quiere de nosotros, y aunque en principio también lo deseamos, somos muy débiles para dar el paso decisivo. Dios interviene directamente en nuestra debilidad, concediéndonos el don de fortaleza, para ayudarnos a dar aquellos pasos. El alma robustecida por este don, queda dispuesta a hacer la voluntad del Padre, aunque le cueste muchos sacrificios.

El don de fortaleza nos consolida en el buen obrar, y nos dispone para poder hacer grandes sacrificios. Es gracias al espíritu de fortaleza que el cristiano puede mantenerse firme en la fe en medio de un mundo hostil; aferrarse a la moral cristiana aunque a su alrededor se expande cada vez más la inmoralidad; y creer con firmeza en la Tradición de la Iglesia y en su praxis a pesar de que todo se oponga. ¡Es el don de fortaleza el que hace capaz de sufrir el martirio!

Dios quiere almas valientes, pero libres de cualquier forma de presunción o de un simple espíritu aventurero. Mientras que el aventurero confía en su naturaleza humana, las almas valientes se apoyan en la fuerza de Dios. Ellas están conscientes de su propia debilidad, y precisamente por eso confían tanto más en el Señor. Ellas han comprendido que la virtud de la fortaleza no es

suficiente para poder permanecer firmes en el camino de Dios. Por eso, piden el auxilio del don de fortaleza y lo reciben con gratitud, de manera que también se consolidan en la humildad.

A estas almas las consume un deseo ardiente de santidad, y jamás rechazan la gracia. Siempre consideran que todavía es muy poco lo que hacen por el Señor. Tienen sed de la glorificación de Dios, y están siempre dispuestas a sobrellevar nuevos y grandes sacrificios. Con el don de fortaleza, la vida espiritual se hace constante y estable; y la obediencia se vuelve más pronta para seguir las indicaciones del Señor. Cumplen los deberes de estado con mayor cuidado y toda su persona se vuelve más estable, haciéndose capaz de ayudar también a otros en su debilidad.

El don de consejo

“Habla, Señor, tu siervo escucha”

(IRe 3,9)

El Espíritu Santo nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26). Él mora en nosotros y nos aconseja para que apliquemos las enseñanzas de Jesús en las situaciones concretas de nuestra vida.

A través del don de consejo, aprendemos a percibir la voz silenciosa del Espíritu Santo que habla a nuestro interior, y a diferenciarla de aquellas otras voces que no proceden de Él. Para ello, se requiere de la capacidad de callar interiormente y de estar dispuestos a escapar del caos de tantas opiniones y puntos de vista distintos,

procedentes tanto de nuestro interior como del exterior.

Al practicar la virtud de la prudencia, que es la virtud que corresponde al don de consejo, hemos aprendido a mirarlo todo desde la perspectiva de Dios; pero, a causa de la imperfección de nuestra naturaleza, nos quedará una cierta inseguridad de si verdaderamente estamos distinguiendo la voz del Espíritu de nuestros propios pensamientos o de otro tipo de influencias. La forma en que el Espíritu Santo obra en nuestro interior es más bien delicada y silenciosa, similar a una suave brisa (cf. 1Re 19,11-12).

Si crece la intimidad con el Espíritu Santo, podremos reconocer cada vez mejor su voz. Pero se requiere de una cierta libertad interior, para no estar tan atrapados en nuestras propias ideas, deseos e ilusiones, que la voz del Espíritu no pueda penetrarnos. Hace falta esta iluminación interior, que nos permite comprender inmediatamente la voluntad de Dios.

Si nos encontramos bajo obediencia, es importante someternos a ella, también en las cosas exteriores. Sólo entonces podremos aprender la obediencia interior para con el Espíritu Santo.

Normalmente en la vida espiritual se presentan muchas situaciones en las que podemos pedir un consejo concreto al Espíritu de Dios. Aunque muchas cosas en nuestra vida ya estén definidas, y simplemente debemos cumplirlas, siempre quedan situaciones en las que uno puede cuestionarse cómo hubiera actuado el Señor si hubiera estado en nuestro lugar. ¡Así podremos saber qué es lo que nos corresponde hacer!

Si nos encontramos al inicio de nuestro camino espiritual, o si aún no estamos muy familiarizados con esta forma de pedir consejo al Espíritu Santo, conviene que lo hagamos frecuentemente, para que vayamos conociendo su forma de guiarnos. Si no percibimos ningún impulso interior o no recibimos ninguna luz concreta para la situación, podemos actuar según el criterio de la prudencia cristiana. No debemos temer que nos volveremos raros y nos sentiremos particularmente “iluminados” si empezamos a pedir la guía del Espíritu Santo. ¡Al contrario! Esto debería ser lo normal en la vida cristiana, aunque en la práctica se haya ido perdiendo y por eso pueda parecer sospechoso.

También se suele decir que la luz del Espíritu Santo viene acompañada de una paz interior. ¡Ciertamente es así! Pero no se puede confundir la paz interior con una simple relajación de la situación. Debemos saber que se trata de un proceso, hasta que pueda obrar este don por Dios concedido, y hasta que nos familiaricemos con él. Lo mismo que con todos los otros dones del Espíritu Santo, debemos esforzarnos por practicar la virtud que corresponde a este don, que en este caso es la prudencia, para así preparar el terreno para la obra del Espíritu.

El don de ciencia

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia alma?”

(Mt 16,26)

A través de los dones de temor, de piedad, de fortaleza y

de consejo, el Espíritu Santo guía sobre todo nuestra vida moral. En cambio, a través de los dones de ciencia, de entendimiento y de sabiduría, Él conduce directamente nuestra vida sobrenatural; es decir, nuestra vida centrada en Dios.

Los cuatro primeros dones llevan a plenitud las virtudes cardinales; los últimos tres, en cambio, perfeccionan las virtudes teologales. Estos tres últimos dones se relacionan con la contemplación, con la vida de oración, con la unificación con Dios.

En nuestro camino de seguimiento de Cristo, estamos expuestos a la tentación de dejarnos llevar por la atracción de las criaturas, entrando en relaciones desordenadas con ellas. Y es que para nosotros, que somos seres sensitivos, no es fácil soportar la invisibilidad de Dios. Por eso nos resulta difícil permanecer en una adecuada relación con el mundo visible y resistir a su fuerza de atracción.

Gracias a la Sagrada Escritura, y en especial gracias al libro de Eclesiastés, sabemos lo pasajeras y vanas que son las cosas creadas (cf. Ecl 1). Sin embargo, este conocimiento no logra penetrar nuestro interior. Sigue siendo un conocimiento de fe, que tratamos de aplicar en la ascesis; pero, a la larga, esta respuesta no es suficiente.

El don de ciencia nos permite experimentar la nada de las criaturas de tal forma que ya no nos queda duda alguna. A través de la ciencia reconocemos la vanidad de las criaturas, y ella nos convence de lo pasajeras y deficientes que son todas las cosas creadas. Al mismo tiempo, nos empuja a poner toda nuestra esperanza en el

Señor. ¡Nuestro corazón ha de cimentarse en Dios sin demora!

No basta con despreciar rotundamente al mundo; sino que el Espíritu Santo nos lleva a trabajar en nuestra vanidad aun en sus más finas manifestaciones: en las pequeñas satisfacciones del amor propio, en la más mínima autocomplacencia, en los sutiles intentos de ganarnos la simpatía y la atención de los demás...

Bajo el influjo del don de ciencia, aprendemos con toda claridad que lo esencial está en apegarnos a Dios; y que todo lo demás es secundario y puede ser simplemente vano.

Pero si hemos aprendido a mirar al mundo en Dios, entonces las criaturas se volverán un puente hacia Él, pues reconoceremos en ellas las obras de Sus manos. Una vez que el don de ciencia haya iluminado el alma, las criaturas no serán ya un obstáculo en el camino hacia Dios. Podremos verlas en su nada o en su belleza; podremos soltarlas o darles uso según la necesidad; y siempre serán un estímulo hacia Dios, para buscarlo y para amarlo a Él, que es la única e infinita belleza.

Cuanto más nos unamos a Dios, tanto menos buscaremos bienes y gozos terrenales. Además, el don de ciencia nos hará considerar los sufrimientos presentes como poca cosa en comparación a la bienaventuranza eterna. Esto cuenta incluso para el martirio. La ciencia entiende la dicha de los sufrimientos soportados por amor.

El don de ciencia también le enseña al alma a conocerse a sí misma, impregna toda la vida y permite reconocer la

guía de Dios en todas las circunstancias. Cada vez reluce con más claridad el plan que Dios tiene para nuestra vida, de manera que podemos identificar cuál es el motivo principal de nuestra existencia y encontrar así la paz. Con la ciencia del Espíritu, el hombre reconoce cuál es su tarea, la Sagrada Escritura le habla con más fuerza y su sentido se vuelve cada vez más profundo, los evangelios cobran vida... El alma conoce con creciente intimidad el Corazón de su Redentor. La persona en la que obra el don de ciencia, también quiere guiar a los demás a un seguimiento más profundo de Cristo y quiere trabajar con todas sus fuerzas en la salvación de las almas.

Entonces, el don de ciencia nos hace conocer interiormente la nada de las criaturas. Así, ya no se buscará la felicidad y la satisfacción ellas; sino solamente en Dios. En este sentido, decía Santa Teresa de Ávila: "Sólo Dios basta". Con este trasfondo, podemos comprender también la mística negativa de un San Juan de la Cruz, que ansiaba unificarse con Dios con todo su ser, y por eso se desprendió de todo lo creado.

Aunque el lenguaje místico pueda sonar similar en las diferentes religiones, existe una gran diferencia entre la mística cristiana y la mística del hinduismo o del budismo. La mística cristiana busca vencer los apegos desordenados a las cosas creadas por Dios, que en sí mismas son buenas pero que pueden impedir que nos encontremos más profundamente con Él. En cambio, en la mística del hinduismo la Creación es en sí misma una ilusión, y por eso hay que dejar todo atrás. Por tanto, este tipo de mística parte de una imagen de Dios distinta.

Es esencial comprender que estos dones nos transmiten una visión contemplativa de las cosas. La experiencia de la nada de las criaturas no sucede en un proceso de reflexión; sino en la interiorización de su vanidad, que marca profundamente el alma y toda su vida espiritual. Entonces, cuando nos desprendemos del mundo visible -o, dicho en otras palabras, cuando el Espíritu Santo restituye la verdadera jerarquía de los valores- alcanzaremos una gran libertad interior, y podremos movernos en este mundo de tal forma que éste no impida nuestra unificación con Dios; sino que se convierta en un camino hacia Él.

El don de entendimiento

Mientras que el don de ciencia nos ayuda a escapar de la atracción de las criaturas y a reconocer en una mirada interior su nada, a la vez que nos hace comprender que toda vida y belleza proceden de Dios; el don de entendimiento nos ayuda a penetrar en el misterio de Dios con el intelecto del Espíritu Santo mismo.

Para penetrar en los misterios divinos, a nuestro entendimiento no le alcanza la ayuda de la fe, aunque nos aferremos a las verdades reveladas. Y es que la luz de la fe es, por un lado, una gran luz; pero, por otro lado, es todavía tenue. La fe es una luz en cuanto que nos transmite la verdad sobre Dios y sobre todo lo necesario para el camino de seguimiento de Cristo. Pero ella no nos permite adentrarnos en el misterio de Dios mismo, ni comprender su Ser por dentro. El conocimiento de Dios como tal sigue siendo bastante oscuro. Así es como

San Pablo nos describe la eternidad, cuando veremos a Dios cara a cara:

“Ahora vemos como en un espejo, de forma borrosa; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré tal como soy conocido.” (ICor 13,12)

El don de entendimiento atraviesa, en cierta forma, la oscuridad en la que nos encontramos. Es como si nos permitiera leer desde dentro los misterios de Dios, desgarrando así el velo de las ideas y conceptos humanos. Gracias al don de entendimiento, podemos echar una mirada en la sustancia de los misterios divinos. Así, no sólo creemos por fe que Dios es Uno y Trino; sino que podemos comprender la Santísima Trinidad como una absoluta realidad y como máxima revelación de la perfección de Dios. De este modo, el don de entendimiento logra trascender la oscuridad, al menos parcialmente, y nos hace partícipes de los misterios divinos. ¡Esto sólo puede ser obra del Espíritu Santo!

Como dice la Escritura: ‘Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó; lo que Dios preparó para los que lo aman.’ Dios nos reveló todo esto por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué persona conoce lo íntimo de la persona, sino el espíritu de la persona, que está en ella? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. (ICor 2,9-11).

Gracias a este don, podemos comprender más profundamente la Sagrada Escritura, sus mandamientos

y sus consejos. Nuestra oración se hace más sencilla y contemplativa; al alma le resulta más fácil permanecer simplemente en presencia del Señor, y su mirada se fija solamente en la verdad. Podemos percibir con más claridad la presencia de Dios y aprendemos a verlo a Él en su interior.

Puesto que Dios nos ha infundido este don en el bautismo, lo normal es que empiece a desarrollarse en el momento preciso. Podemos pedir el don de entendimiento, pero no lo podremos obtener con nuestra propia voluntad. Sin embargo, si nos esmeramos en nuestro camino de seguimiento y nos esforzamos por crecer en el amor, ciertamente el Señor no nos privará de poderlo conocer y comprender más profundamente.

Tal vez podemos relacionar el don de entendimiento con el coro de los querubines, que son considerados como los ángeles del conocimiento divino. ¡Quizás podemos decir que ellos “personifican” el don del entendimiento!

El don de sabiduría

Si el don de entendimiento nos permite penetrar en los misterios divinos, el don de sabiduría es un “delicioso” conocimiento de Dios. *“¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!”* –exclama el salmista (Sal 34,8). Primero invita a gustar, y después a ver.

El don de sabiduría nos concede una experiencia del corazón, nos permite posar la mirada sobre el amor de Dios, a través del corazón. Por eso decimos que es un “degustar espiritual” del amor divino.

Gracias al don de sabiduría, surge una cierta familiaridad interior entre Dios y nosotros, como dice en la Escritura: *“El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él”* (1Cor 6,17). ¡Es como si pudiéramos comprenderlo de forma intuitiva a través del corazón! Gracias a esta familiaridad interior con Dios, el conocimiento de sus misterios se vuelve particularmente cálido, así como un rayo de sol, que calienta a la vez que ilumina.

La experiencia que se tiene cuando empieza a obrar el don de sabiduría, conmueve intensamente a la voluntad, arrastra al alma hacia Dios e ilumina el entendimiento como una lumbre. El alma es capaz de contemplar la grandeza de Dios y exclama deleitada e inflamada de amor:

*¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de ciencia hay en Dios!
¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor?; ¿quién fue su consejero?; ¿quién le dio primero, que tenga derecho a la recompensa? Porque todas las cosas provienen de él, y son por él y para él. ¡A él la gloria por los siglos! Amén.*
(Rom II,33-35)

Cuanto más se ame a Dios, tanto más obrará en el alma el don de sabiduría. Y al mismo tiempo, el “degustamiento” interior del Señor que concede este don, hará crecer el amor. Y si crece el amor, también nos unificaremos más con Él, de manera que nos vamos acercando a la meta de nuestra vida espiritual.

Todo esto incide directamente en la oración. El alma se siente atraída por Dios, unida a Él... No gusta al Señor a través de los sentidos; sino de forma espiritual, con la

mayor intimidad posible en la vida terrenal. Está tan inflamada por el amor que todo lo ve en Dios. Y esto no cuenta solamente para los momentos de oración; sino también para la vida diaria. Después de estas experiencias interiores, el alma contempla todos sus quehaceres a la luz de Dios, y así el don de sabiduría actúa también en las realidades normales de la vida.

Como sabemos, los dones del Espíritu son un regalo de Dios, que no podemos conseguir con nuestra propia voluntad. ¡Pero sí podemos prepararles el terreno! Para permitir que el don de sabiduría pueda obrar, debemos esforzarnos día a día por crecer en el amor; hemos de recorrer el camino de seguimiento de Cristo olvidados de nosotros mismos; y debemos luchar por la virtud de la humildad, pues esta sabiduría divina permanece oculta para los sabios y entendidos de este mundo; mientras que se revela a los sencillos.

En aquel momento, Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido bien.”
(Lc 10,21)

Si habíamos relacionado el don de entendimiento con el coro de los querubines, podríamos comparar el don de sabiduría con los santos serafines, que quizá han recibido de Dios la tarea de transmitirnos la sabiduría. ¡A ellos se los conoce como los ardientes ángeles de la adoración de Dios!

Los frutos del Espíritu Santo

“En cambio, los frutos del Espíritu son: la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia.”

(Gal 5,22-23)

La longanimidad

“¡Oh Espíritu Santo, Tú, beso del Padre y del Hijo, Tú, dulcísimo y profundísimo beso!” (San Bernardo de Claraval) Queremos conocerte mejor y aprender a amarte. Desciende, por eso, sobre nuestra alma, “como el sol que, de no encontrar obstáculos e impedimentos, ilumina todas las cosas; como una saeta encendida, que no se detiene por el camino, sino que llega hasta las últimas profundidades que encuentra abiertas, y allí descansa. Tú no te detienes en los corazones soberbios y en las inteligencias altaneras, sino que pones tu morada en las almas humildes” (Santa María Magdalena de Pazzis). Tú que eres nuestro consuelo y maestro, el Esposo de nuestra alma, nuestro santificador, ilumínanos y prepáranos para recibirte.

“El amor es paciente” (ICor 13,4)

La longanimidad, similar a la paciencia, es un maravilloso fruto Tuyo, oh Espíritu Santo, que madura en aquellas almas que te escuchan y no se desaniman en el largo trayecto. Si la comparamos con la paciencia, la longanimidad está más relacionada con los bienes del espíritu. Ella abarca la perseverancia y la constancia, y así hace que el alma sea fuerte y capaz de sufrir. La

longanimidad crece como fruto de la íntima relación contigo y se convierte en modelo para todos. La longanimidad procede de Dios, como testifica el Apóstol Pablo:

“Por eso he alcanzado misericordia, para que yo fuera el primero en quien Cristo Jesús mostrase toda su longanimidad, y sirviera de ejemplo a quienes van a creer en él para llegar a la vida eterna”. (1Tim 1,16)

La longanimidad de Dios nos llama a la conversión. En ella se nos revela su insistencia, su amor perseverante, su disposición a soportarnos sin apartarse de nosotros, el tener su corazón abierto para nosotros aun cuando nosotros nos cerramos, el ofrecimiento de su perdón incluso cuando lo rechazamos... ¡Él nunca se rinde; sino que lucha por conquistar nuestro amor y trata de hablarnos!

El amor es paciente...

Y este maravilloso fruto del Espíritu nos llama a que también nosotros practiquemos la paciencia y longanimidad: *“Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia (...) y de paciencia” (Col 3,12)*

Así Tú, Amado Espíritu Santo, quieres que nosotros nos hagamos longánimos y pacientes, que aprendamos a tratar a las otras personas al modo en que Tú lo haces, que estemos dispuestos a perdonar una y otra vez, que tengamos el corazón abierto, que sepamos soportar a los otros, y a veces también a nosotros mismos; que sepamos esperar con perseverancia y nos esforcemos con

constancia en practicar el bien...

Amado Espíritu Santo, queda mucho trabajo por hacer: habrá que remover toda soberbia, toda jactancia, toda vanidad y obstinación en querer tener la razón; en fin, todo obstáculo... de manera que Tu fruto pueda crecer en nosotros. ¡Gracias a Dios Tú eres tan longánimo y paciente conmigo!

El amor es paciente...

Te pido que juntos, o Espíritu Santo, nos pongamos en camino: concédeme un largo aliento y perseverancia. Ayúdame a refrenar mi impaciencia y a no dejarme llevar por mi impulsividad ni por la marea de sentimientos que quiere dominarme inmediatamente; sino que te invoque a Ti cuando se agote mi paciencia y esté en peligro de volverme injusto. Recuérdate cómo eres Tú conmigo: tan paciente y longánimo.

¡Que Tu amor se refleje en mí, para que me convierta en un auténtico testigo de mi Señor! Tú no te contentas con llegar a mí, sino que has sido enviado por el Padre y el Hijo para llevar la obra a su plenitud. Tú quieres traer de regreso al hombre que, en tu paciencia, viste errante en el camino. Y si Tú eres longánimo, también yo quiero llegar a serlo, para trabajar con perseverancia en la viña del Señor. Fortaléceme cuando yo me canse, adviérteme cuando me descuide, hazme dispuesto a seguirte en todo...

La mansedumbre

Amado Espíritu Santo, dulce huésped de las almas, infunde en nosotros el espíritu de mansedumbre; aquel espíritu que todo lo penetra, que transforma el corazón y lo hace dócil, que lo purifica de toda dureza, que es tan suave y dulce como lo es tu Amada Esposa, nuestra Madre María.

“Dichosos los mansos, porque ellos heredarán la tierra”
(Mt 5,5)

En lugar de forzarnos, Tú, Espíritu Santo, nos seduces con Tu amor. Tú prefieres darnos a saborear tu amor como miel, antes que darnos hierbas amargas, aunque a veces también las necesitamos.

A tu amigo, el profeta Elías, te le manifestaste como una suave brisa, después de que él creyó encontrarte en la tormenta. Pero una vez que percibió Tu presencia, se cubrió el rostro (cf. 1Re 19,11-13).

¡Se requiere valentía para ser manso! La mansedumbre no es sentirse indefenso y expuesto, ni tampoco es ser cobarde y evitar cualquier confrontación. ¡Ésta no es la verdadera mansedumbre! Ella está firme en su interior y fundamentada en la verdad. Por eso, no necesita recurrir a la violencia.

Sencillamente, la mansedumbre es como Tú, Amado Espíritu Santo, ella es parte de Tu Ser, porque tampoco Tú ejerces violencia al guiar a las almas. En tu infinito amor, nos impregnas la verdad. Contigo, el amor y la

verdad sellan una alianza indisoluble: el amor transmite suavemente la verdad, y la verdad consolida el amor.

Nosotros hemos sido creados tanto para el amor como para la verdad, y en lo profundo somos receptivos para ambos. Pero frecuentemente no entendemos bien el verdadero amor, la verdad nos parece dura y así la imagen de nuestro Padre a menudo se ve distorsionada. Sin embargo, ¡Él nos ama tan tiernamente! Pero es precisamente la mansedumbre la que nos permite reconocerlo como Él es en verdad, y entenderlo en Tu luz, oh Espíritu Santo.

Entonces, pongámonos juntos manos a la obra, no tensos pero sí vigilantes. Te ofrecemos nuestro corazón con toda la dureza que aún hay en él, con todos sus oscuros abismos, con todos los bloqueos y resentimientos que podemos tener con otras personas. Tú simplemente derramas Tu amor en nuestro corazón, y cuando ese amor se encuentra con obstáculos, Tú tocas a la puerta y llamas con insistencia para que te dejemos entrar. Entonces empiezas a derribar capa por capa, y a derretir el hielo alrededor de nuestro corazón, porque Tú eres el amor entre el Padre y el Hijo. Y allí donde se ha derretido el hielo, queda sitio para que resplandezca continuamente el sol de salvación. ¡Se acaba la edad de hielo en nuestro corazón!

Y si esto puedo suceder conmigo, ¿por qué no habría de ser posible también en los demás? Tal vez cuando llegue a ser más manso, pueda ayudar mejor a conquistar la Tierra para Ti.

El dominio de sí

Amado Espíritu Santo, al principio Tú aleteabas sobre las aguas y transformaste el caos en orden (cf. Gen 1,2). Tú también quieres traer orden al caos provocado por el pecado: orden en nuestra vida interior y exterior. Fue tanto lo que se alborotó con el pecado original y los consiguientes pecados personales, a tal punto que Tu amigo Pablo gemía al advertir esta ley en sus miembros que luchaba contra la ley de su espíritu, y que lo esclavizaba bajo la ley del pecado (cf. Rom 7,23). Junto con él, también nosotros gemimos, diciendo: “¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte...?” (v. 24)

¡Pero esta situación no ha de permanecer así! ¡Debemos recuperar el dominio sobre nosotros mismos y no ser esclavos de nuestras pasiones y sentimientos! Nuestro Padre lo había dispuesto tan maravillosamente: Su Espíritu iluminaba nuestro espíritu humano, éste activaba a la voluntad, y todos los impulsos naturales estaban al servicio de las potencias superiores.

Pero ahora, Amado Espíritu Santo, las pasiones se rebelan contra nosotros, reflejando la situación de la Creación caída, que se rebeló contra Dios. Además hay que tener presente que están también los espíritus caídos, que quieren confundirnos y obstaculizar los caminos de salvación de Dios.

¡Pero esta situación no ha de permanecer así!

Oh Espíritu Santo, introdúcenos en la escuela del dominio de sí, enséñanos, a través de una prudente ascesis, a recuperar paso a paso el señorío sobre nosotros

mismos. No podremos rehuir de este combate, si queremos crecer en el camino contigo.

A Tu amigo San Benito, el padre de los monjes, le recomendaste la medida apropiada, para hallar equilibrio en su vida monástica: Ni demasiado ni muy poco. ¡Qué consejo tan sabio! Si lo acogemos y lo ponemos en práctica, aprenderemos a percibir con sensibilidad el camino a seguir, y seremos instruidos con prudencia en la continencia, porque con tanta facilidad perdemos la medida justa y caemos de un extremo al otro.

Pero, Amado Espíritu Santo, a veces tenemos que hacernos violencia, porque nuestra concupiscencia nos provoca, presentándonos todo tipo de seducciones y queriendo embriagar nuestros sentidos. Muchas veces el enemigo de la humanidad se aprovecha de esta concupiscencia y la acrecienta aún más, y tenemos que defendernos intensamente para conservar nuestra libertad.

Pero no son sólo las fuertes emociones las que nos seducen. Incluso los pensamientos son una amenaza de la que tenemos que cuidarnos, para recuperar el dominio también sobre ellos y no darles rienda suelta, especialmente cuando tratan de imponerse.

Tener el dominio sobre sí mismo quiere decir que uno decide a cuáles pensamientos vale la pena entregarse y a cuáles, en cambio, les negamos nuestra atención, por ser malos, sin sentido o improductivos. ¡A éstos últimos, como dice San Benito, debemos estrellarlos contra la roca que es Cristo!

Aunque debemos poner de nuestra parte y colaborar contigo, nunca podríamos lograr todo esto con nuestras propias fuerzas.

Necesitamos Tu presencia, en la que podemos refugiarnos cuando nos vemos asediados; Tu presencia, en la que encontramos fuerza para resistir; Tu presencia, en la que nuestra voluntad encuentra más y más su hogar, y aprende a ejercer el dominio sobre nuestros impulsos, en la medida en que esto nos sea posible en nuestra existencia terrenal.

¡Por eso una y otra vez te invocamos, oh Espíritu Santo!

Aún mejor que rechazar con Tu fuerza el ataque del momento presente y todo aquello que quiere hacernos perder el equilibrio, es estar en constante e íntimo contacto contigo, de manera que Tú te conviertas en nuestra brújula interior y junto a Ti podamos ejercer el dominio exterior e interior sobre nuestros deseos y pensamientos.

Así, Tú eres nuestro Señor, y en Ti nos convertimos en señores sobre nosotros mismos. ¡Todo en un santo orden espiritual! ¡Y en Tu luz, vemos la luz (cf. Sal 36,9)!

La alegría

Amado Espíritu Santo, uno de los más bellos frutos que Tú haces crecer en nosotros es la alegría. Es aquella alegría que, al igual que el amor, hace que todo sea más fácil y vence el peso que tantas veces trae consigo la vida.

Una alegría que es contagiosa, y le regala un rayo de luz y algo de consuelo a la otra persona, siempre y cuando ella no esté cerrada.

Tu amigo San Pablo nos exhorta a estar siempre alegres (cf. Fil 4,4). Eso significa que la alegría no se limita a las situaciones en que recibimos agradables bienes terrenales o a las circunstancias en las que el corazón se regocija. Más bien, San Pablo nos la muestra como un estado constante, un estado de ánimo del corazón, que permanece aun cuando las circunstancias se ponen difíciles y el alma tendería a turbarse.

Entonces, oh Espíritu Santo, no puede tratarse de aquella alegría que va y viene y que es tan volátil. Tampoco puede tratarse de un estado de ánimo que procede de un temperamento optimista y alegre por naturaleza.

¿Cuál es, entonces, la verdadera alegría?

La Sagrada Escritura, en el Salmo 16, nos da una explicación de la alegría duradera: *“Siempre tengo presente al Señor; con él a mi derecha, nada me hará caer. Por eso, dentro de mí, mi corazón está lleno de alegría. Todo mi ser vivirá confiadamente”* (Sal 16,8-9).

Y el Señor nos dice: *“Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa.”* (Jn 15,10-11)

Entonces, o Espíritu Santo, esta alegría que es duradera puede proceder sólo de Ti. El vivir en conformidad

contigo trae como fruto la alegría. ¡Es la alegría de Jesús en nuestro corazón, que completa nuestra alegría!

Así que las personas que se esfuerzan sinceramente en servir a Dios, oh Espíritu Santo, deberían estar llenas de alegría. ¡Cuán contagioso sería este gozo, y cuánto facilitaría la expansión del evangelio! Pero frecuentemente vemos cristianos que no dan la impresión de estar alegres, que están malhumorados y andan con cara avinagrada, que no se regocijan realmente o que se dejan llevar demasiado por sus estados de ánimo, y así no pueden vivir constantemente en aquella alegría de la que habla Jesús.

Tal vez a nosotros mismos también nos pasa esto, Espíritu Santo, cuando en realidad deberíamos estar alegre porque *“el gozo del Señor es nuestra fuerza”* (Neh 8,10).

Entonces, ¿qué hacer con los sentimientos opuestos, con esos estados de ánimo que turban el alma?; ¿qué hacer con el vacío interior, en el que nos vemos tentados a llenarnos con contenidos falsos, inútiles y, en el peor de los casos, pecaminosos?

Oh Espíritu Santo, si ponemos ante Ti estos sentimientos y estados de ánimo, Tú estás dispuesto a tocarlos contigo mismo. Por eso, tenemos que aprender a percibirlos, e invocarte cuando aparecen. Y es que al invocarte, de ninguna manera estamos hablando con el viento ni viviendo en una ilusión, para engañarnos y tranquilizarnos. ¡No! El Padre junto con el Hijo te han enviado para que Tú seas nuestra luz y consuelo, nuestro Maestro espiritual, a quien podemos confiarle todo.

Puesto que Tú mismo eres Dios, conoces las profundidades de nuestra alma y quieres penetrar en ellas con Tu luz. Pero no quieres hacerlo sin nuestra autorización, sin que te lo pidamos, sin que te abramos el corazón y nos distanciamos con nuestra voluntad de aquellos sentimientos melancólicos, para dirigirnos a la luz.

¡Contigo será posible vencer toda tristeza! Si tenemos paciencia, podremos notar que van disminuyendo estos estados de ánimo y que podemos apartarnos más rápidamente de aquellos pensamientos que nos dejan a oscuras. Así, la alegría que procede de Dios podrá expandirse en nosotros con más facilidad. ¡Todo esto, oh Espíritu Santo, será Tu grandiosa obra en nuestra alma!

La amabilidad

Espíritu Santo, de Ti se dice que eres un espíritu amable y amante de los hombres, y uno de los frutos que Tú haces crecer en las almas es precisamente la amabilidad.

La amabilidad es una actitud tan agradable en una persona, con la que fácilmente conquista al otro, haciéndole sentir amado y respetado. Si es una amabilidad sin falsedad ni hipocresía –y sin duda lo será cuando crece en el alma como fruto Tuyo, oh Espíritu Santo—, se convierte en un sol en la vida del hombre. Así, la amabilidad reflejará la actitud con la que Dios viene a nuestro encuentro, pues Él no sólo quiere que lo reconozcamos como nuestro Padre, sino que además quiere ser nuestro cercano amigo.

Jesús llama a sus discípulos “amigos” (cf. Jn 15,15), y los trata como tales. En su corazón les tiene gran afecto y los acepta tal como son. Pero esto no le impide hacerles ver sus malas actitudes, para poderlos unir más profundamente al amor de Dios.

Amado Espíritu Santo, la amabilidad no consiste entonces en decir “sí” a todo lo que haga la otra persona; sino que es una actitud del corazón que está siempre a favor de ella, de manera que en nuestra presencia se sienta aceptada, que no tenga que protegerse, que pueda hacer a un lado la desconfianza y así podamos tratarnos libremente. ¡La amabilidad crea un fundamento de confianza!

Por eso, Espíritu Santo, resulta cada vez más claro que debe ser una auténtica amabilidad; y no una amabilidad forzada o manipuladora, ni mucho menos aquella actitud que se muestra sonriente hacia afuera, pero luego, a las espaldas, es capaz de hablar con malicia. ¡Lejos de nosotros aquella hipocresía!

La amabilidad que resulta como fruto Tuyo, Espíritu Santo, implica una transformación del corazón. No es una amabilidad de un momento, para luego volverse groseros. No es una actitud que dependa de los estados de ánimo; sino que brota de la relación de amor contigo.

Si, por Tu gracia, ha de madurar en mi interior la amabilidad como una actitud constante, entonces límpiame de todo lo que aún tenga en mi corazón en contra de las otras personas, para que no me defina por simpatías o antipatías; sino que pueda yo decir ese mismo “sí” que Tú pronuncias sobre cada persona.

Así, Amado Señor, las personas podrán conocer Tu amabilidad y el amor que tienes a los hombres. Y si el fruto de la amabilidad viene acompañado por obras de amor, entonces tal vez se den cuenta de que no es simplemente una actitud de simpatía humana; sino que tiene su origen en Ti, más aún si se vuelve una constante forma de tratar con las personas.

Esto último, oh Espíritu Santo, es lo decisivo para nosotros, los cristianos. No queremos estar nosotros mismos en el centro de atención; sino que las personas han de reconocerte a Ti como fuente de todo bien, y han de ver Tu amabilidad y bondad. Y si nuestra amabilidad puede servirles como puente para reconocerte a Ti, entonces, con más razón aún, purifícanos de todo lo falso y fingido, de todo lo egocéntrico; para que Tu luminosa presencia pueda crecer en nosotros.

La paz

Amado Espíritu Santo, uno de tus frutos más maravillosos es el de la paz.

Es una paz que el mundo no puede dar (cf. Jn 14,27), pero tampoco puede arrebatar. Se trata, entonces, de una paz distinta a la que usualmente conocemos; una paz que permanece.

¡El mundo habla tanto de paz, pero no consigue hallarla! Hay guerras por doquier, y la paz es tan frágil e inestable.

Y es que, ¿de dónde puede venir una verdadera paz?

Por más que tengamos buena voluntad, no llegaremos por nosotros mismos a aquella dimensión de paz que promete Jesús.

La paz no es solamente ausencia de guerra, aunque esto sea tan deseable para el mundo. La verdadera paz va más allá: es la coherencia de la vida con la verdad absoluta del ser, y de ahí le viene su fuerza creadora.

Al reflexionar sobre esto, oh Espíritu Santo, nos enfrentamos con cuestionamientos más profundos... ¡Resulta que la paz ha de iniciar en nosotros mismos!

Entonces, ¿de dónde procede esta paz?

El hermano Nicolás, un santo de Suiza, nos dice: “¡Paz sólo hay en Dios!”

Estas palabras nos muestran que la paz brota de la relación con Dios, cuando toda nuestra vida está ordenada en Él. Si te damos a Ti, Espíritu Santo, la posibilidad de hacer a un lado todo aquello que se opone a la paz en nuestro interior, entonces madurará, como fruto Tuyo, esta paz. En primer lugar, ella se encargará de llevar a su fin la guerra que se desata en nuestro interior, procedente de las malas inclinaciones; la guerra contra nuestra razón, al hacer aquello que en realidad sabemos que no deberíamos hacer... La paz trabajará también en nuestras malas actitudes: la obstinación en tener la razón, el orgullo, el egocentrismo, etc. La paz abrirá nuestros ojos para ver la dimensión completa, de manera que el propio “yo” pueda retroceder ante lo que es más importante.

Pero lo que decimos sobre nosotros mismos, cuenta también para el mundo. A menos que tengamos los ojos cerrados, tendremos que constatar que hay tantas zonas del mundo en conflicto, tanta violencia, que no es siempre visible, pero se manifiesta en sus desastrosas consecuencias.

¿Cómo será posible vivir en paz, mientras la vida de niños inocentes en el vientre materno no sea respetada, sino destruida? ¿Cómo podrá llegar la paz, mientras el hombre no conozca la fuente de la paz? ¿Cómo hallar paz, si la verdad no es reconocida ni se la toma como criterio?

Así, oh Espíritu Santo, veo que existe una única posibilidad de encontrar verdadera y profunda paz: Tenemos que conocerte más a fondo a Ti, que eres la fuente de la paz. ¡En Ti, podremos ser verdaderos pacificadores!

Deberíamos contarles a las otras personas sobre Ti, y, en Tu luz, dar testimonio de la bondad de nuestro Padre Celestial. La verdadera paz llegaría cuando los hombres conozcan a su Padre, así como Él es en verdad. Cuando esto suceda y los hombres no le cierren su corazón, ¿quién osaría hacer la guerra a sus hermanos?

La castidad

Espíritu Santo, hoy te invoco de forma especial y pongo ante Ti un problema que oscurece la vida de tantas personas. Se ha perdido la sensibilidad por la castidad, y

a muchos les parece que este término ha quedado sólo como una reliquia del pasado. Si se habla sobre la pureza, frecuentemente uno se choca con una total incomprensión, e incluso en la misma Iglesia podremos encontrarnos con personas que nos miran con lástima y nos consideran anticuados porque aún creemos en la castidad... ¡Pero en realidad éste es un fruto que brota de la vida contigo, o Espíritu Santo, y es un maravilloso regalo que consolida sobremanera la dignidad de la persona!

Oh Espíritu Santo, ¿por qué será que somos tan insensibles para la belleza de la castidad? ¿Acaso ya no tenemos ojos para reconocer la dignidad de la pureza? ¿Es que estamos a tal punto “sexualizados” que nos hemos vuelto incapaces de percibir la nobleza de la castidad, la fuerza interior y la integridad de una virgen?

La castidad no es una actitud tensa y recelosa frente a la sexualidad; ni tampoco es el bloqueo temeroso de cualquier reacción natural; ni es la ausencia de atracción frente a este campo vital... Por el contrario, es la capacidad de manejar con sensibilidad y naturalidad la dimensión de la sexualidad.

La castidad, que abarca mucho más que la sola esfera sexual, es una escuela interior del espíritu, que lleva a una abstinencia en sentido amplio. Es como una brújula interior, que le permite al hombre manejar de tal forma la esfera de los sentidos, que ésta no se imponga sobre el valor más alto de la existencia humana. Entonces, la castidad implica una prudente ascesis, y, a la vez, hace parte de ella.

La castidad nos enseñará a comprender la sexualidad en la perspectiva de Dios. Dentro del matrimonio, nos permitirá vivir la esfera sexual como una expresión del verdadero amor, de manera que, en el amoroso y respetuoso trato mutuo, se integre también el placer que la sexualidad trae consigo. En el tiempo previo al matrimonio, la castidad nos enseñará a esperar, guardando entera e indivisa la capacidad de amar, para regalársela a aquel a quien vamos a entregar toda nuestra vida. En el celibato, la castidad le regalará a Dios de forma consciente toda la esfera de la sexualidad, experimentando así una transformación y espiritualización.

Amado Espíritu Santo, ¡frecuentemente la realidad está tan lejos de la dignidad y belleza de la castidad! ¡Y cuánto sufrimiento trae consigo la impureza! ¡Con cuánta facilidad los hombres venden la belleza de su alma y la integridad de su persona, y ni siquiera se dan cuenta! Tampoco perciben cómo se va debilitando su capacidad de amar.

Nuestros niños, adolescentes y jóvenes están expuestos a un bombardeo de impureza. A Ti, oh Espíritu Santo, te exponemos nuestras quejas: mira cómo en algunos países a los niños ya en las escuelas se los confronta a esta esfera tan importante de una forma tan vulgar.

¡Permítenos redescubrir el valor de la castidad! Si en nuestra vida hemos caído en la trampa de la impureza, y el Señor, en su gracia, se ha dignado sacarnos, ayúdanos Tú, Espíritu Santo, a adquirir una nueva castidad, que nos limpie de todo desorden y nos conceda una nueva dignidad y belleza, que será Tu esplendor en nosotros.

La bondad

Espíritu Santo, con los dones que Tú infundes en nuestra alma, quieres hacer surgir todos los frutos que estamos meditando. Son verdaderos frutos que iluminan nuestra vida, son expresión de tu amor y permiten a los hombres tratarse unos a otros así como Jesús quiso:

“Que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí.” (Jn 17,21-23)

Nosotros, los hombres, oh Espíritu Santo, hemos de vivir en verdadera unidad contigo y también hemos de convivir en unidad los unos con los otros. Pero si abrimos los ojos y no vivimos en una ilusión, resulta evidente que no seremos capaces de ello por nuestras propias fuerzas. Por eso debemos acudir a la fuente del amor y de la bondad, y beber de ella. ¡Esa fuente eres Tú mismo, Espíritu Santo!

Si tus frutos crecen en nosotros, entonces las personas no sólo escucharán que el amor y la bondad existen; sino que podrán experimentarlos en el encuentro con nosotros.

Nosotros, los hombres, tenemos que admitir con humildad que, aunque podamos hacer cosas buenas, no

somos buenos por nosotros mismos; sino que es Tu bondad, oh Espíritu Santo, la que puede crecer y madurar en nosotros. Y si ésta crece como un fruto, y se va haciendo eficaz, entonces podremos constatar cómo se cumplen estas palabras de Albert Schweitzer:

“La constante bondad es capaz de grandes cosas. Así como el sol derrite el hielo, así la bondad disipa los malentendidos, la desconfianza y la hostilidad. Todo lo que una persona ofrezca de bondad al mundo, tendrá su efecto en el corazón y en el pensar de la humanidad.”

De hecho es así: cuando el maravilloso fruto de la bondad irradia su calor, uno se encuentra con la misericordia, aquella extraordinaria cualidad de Dios que nos conserva con vida y nos levanta una y otra vez. ¡Es difícil resistir a una persona bondadosa! Sólo un corazón muy cerrado lo lograría... Porque la bondad es capaz de derretir la capa de hielo que a menudo se ha formado alrededor de nuestro corazón. Y es que la bondad no solamente es buena por ratos, sino que es una actitud constante y una fina nobleza del corazón, que abarca la benevolencia, la aceptación de la otra persona, la generosidad...

A veces se dice que una persona se va volviendo bondadosa en cuanto va creciendo en edad. Pero esta relación no siempre atina, porque la bondad crece como fruto del Espíritu, y frecuentemente es la expresión de un largo camino de purificación interior.

Así como todos los otros frutos Tuyos, oh Espíritu Santo, también la bondad sirve a la glorificación de Dios y manifiesta algo de Su Ser. Y a la vez estos frutos están al

servicio de los hombres, pues ¿para quién no será un regalo la amabilidad, la verdadera paz, la pureza en un corazón y la bondad?

Así Tú, Amado Espíritu Santo, quieres glorificar al Señor por medio de Tus frutos, y modelar al hombre para que llegue a ser aquello que Dios ha pensado para Él.

La modestia

¡Qué adorno tan precioso es un alma modesta, oh Espíritu Santo; un alma en la que habita este fruto Tuyo! En ella se ha refrenado la apetencia desordenada y ha llegado a la calma. No piensa mucho en sí misma, y se contenta fácilmente con lo que recibe. No quiere estar en el centro de atención sino que quiere ocupar el sitio que Tú has previsto para ella. Por eso, en el alma modesta actúa el precioso don de la gratitud y el fruto de la humildad. Ella irradia serenidad y contento, no tiene que llamar la atención y está libre de cualquier arrogación o presunción. Pero en lo que respecta al amor, quiere ser grande: grande en el amor a Ti y en el amor a los hombres. ¡El alma modesta tampoco se contenta con una fe pequeña!

¡Qué brillo tan dulce y suave podemos percibir en un alma así! ¡Con cuánto gusto puedes Tú, y también nosotros, enriquecerla con regalos! En el alma modesta, se hacen realidad estas palabras de San Pablo: *“Tened los mismos sentimientos los unos hacia los otros, sin dejaros llevar por pensamientos soberbios, sino acomodándoos a las cosas humildes. No os tengáis por sabios ante vosotros mismos.”* (Rom 12,16)

El alma modesta no es complicada, sino sencilla; y tampoco está atrapada en un sinnúmero de deseos e ideas propias.

Pero, ¿cómo llegaremos a ser modestos, o Espíritu Santo? ¿Cómo podrá actuar en nosotros este delicado y suave brillo Tuyo? ¿Cómo alcanzar esta actitud de serenidad y contento?

Una clave será entender que todo es un regalo, que somos personas agasajadas y que obtenemos de la sabiduría de Dios todos los dones que Él ha dispuesto para nuestra vida material y espiritual. ¡Muchas veces estamos tan ocupados en velar por nuestros derechos, en poseerlo todo, en querer asegurarnos, en “tener que tener”! Esta actitud puede manifestar una avaricia oculta: avaricia de bienes materiales, pero también la búsqueda de honor, de alabanzas y de atención por parte de las otras personas.

En cambio, si aprendemos a considerarlo todo como regalo y a aceptarlo y valorarlo tal como lo recibimos, entonces descubriremos en todo una expresión de Tu amor, oh Señor. Podremos ser sensibles para el derecho ajeno; mientras que, en ocasiones, sabremos renunciar a nuestro propio derecho por razones más altas.

Oh Espíritu Santo, a cada uno el Señor le ha dado dones. ¡Y los talentos no podemos enterrarlos (cf. Mt 25,14-30)! Esto no sería modestia, sino falta de comprensión. Incluso podemos y debemos aspirar los dones espirituales, como nos dice San Pablo: *“Buscad la caridad; pero aspirad también a los dones espirituales, especialmente a*

la profecía.” (1Cor 14,1)

Vemos, entonces, que ser modestos no significa renunciar a aquellas cosas que son necesarias para nuestro avance espiritual y que son importantes para servir en el Reino de Dios. Más bien, se trata de llegar a un estado de paz interior ante las situaciones tal como Dios las dispone, dejando atrás nuestras propias expectativas y avaricias...

La fidelidad

Amado Espíritu Santo, Tú quieres que vivamos en fidelidad, y eso en una época en que la infidelidad parece haberse convertido en un estilo de vida. Es un arduo trabajo que tendrás que hacer, porque tantas personas ya no comprenden el sentido de la fidelidad, sea en el matrimonio, en las promesas que se pronuncian, en los votos religiosos, como en tantos otros aspectos... Muchas veces es necesario que volvamos a aprender lo que significa la fidelidad, la responsabilidad, la constancia y la estabilidad.

Pero ante nuestros ojos tenemos un ejemplo sin igual: Es la fidelidad de Dios. ¡Dios es fiel y jamás se da por vencido en su fidelidad! Todo el Antiguo Testamento nos lo testimonia; en contraste con la frecuente infidelidad del pueblo de Israel.

Si nos fijamos en el tiempo en que vivimos, podremos ver que lamentablemente va en aumento el número de personas que se apartan de la fe y son infieles a Dios. En consecuencia, también resulta más difícil guardar

fidelidad en las relaciones humanas.

La situación se pone particularmente difícil, oh Espíritu Santo, cuando en la misma Iglesia tenemos que confrontarnos a la infidelidad. Todos los católicos, desde el Papa hasta el más sencillo de los fieles, estamos llamados a permanecer fieles al evangelio y al Magisterio de la Iglesia, y precisamente esta fidelidad es un gran signo para el mundo.

No solamente debemos ser fieles a Dios y al prójimo; sino que también –entendiéndolo bien-- debemos serlo con nosotros mismos. Hemos de ser fieles a la verdad que hemos reconocido, mientras que no reconozcamos con claridad una verdad más alta y convincente. Esta fidelidad irá formando nuestro carácter y nos convertirá en personas en las que se puede confiar y con las que se puede contar en todas las circunstancias.

Podemos “entrenarnos” en la fidelidad, por así decirlo, con las cosas pequeñas, que de ninguna manera son insignificantes. Como dice el Señor: “*Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho*” (Lc 16,10a), y se le pueden confiar grandes cosas.

Cuando nos comprometemos o prometemos algo, debemos atenernos a nuestra palabra. Y en caso de que realmente no nos sea posible, tenemos que informar a los implicados. Los deberes que asumimos, debemos ejecutarlos. También la puntualidad es una forma de responsabilidad, que a su vez se relaciona con la fidelidad.

Todos estos maravillosos frutos que Dios quiere cosechar

en el árbol de nuestra vida, nos hacen semejantes a Él. De hecho, la Sagrada Escritura nos advierte que no seamos hombres *“movidos por el viento y llevados de un lado a otro”* (St 1,6). La fidelidad nos consolida y nos convierte en serios y fiables colaboradores en el Reino de Dios, como lo fue el Apóstol San Pablo.

La fidelidad es particularmente importante en lo que se refiere a Dios y a nuestra fe. Ésta puede sufrir ataques de diferentes tipos, y conocemos el testimonio de los mártires, que prefirieron entregar su vida antes que traicionar su fidelidad a Dios. Y Tú, oh Espíritu Santo, los hiciste capaces de ello, a través del espíritu de fortaleza, que se hace visible en el fruto de la fidelidad.

Espíritu Santo, te suplicamos que nos fortalezcas especialmente en este tiempo en que la fe está siendo atacada cada vez más, para que podamos permanecer fieles a Ti y no nos dejemos confundir; para que guardemos fidelidad a Tu Palabra, al auténtico Magisterio de la Iglesia y a todo aquello que procede de Ti y lleva el sello de Tu luz.

La paciencia

Amado Espíritu Santo, ¡que todos Tus frutos crezcan y maduren en nosotros, para que podamos glorificar a Aquél de quien todo procede y dar testimonio de Ti en el mundo!

Para ello se requiere paciencia, porque estos frutos van madurando poco a poco, día tras día. Sobre todo

necesitamos paciencia para el trato con las otras personas, sabiendo esperar a que ellas puedan acoger lo que Dios les tiene preparado.

¡Cuánta paciencia tiene Dios con nosotros! ¡Él no se cansa de intentar una y otra vez llegar a nosotros y a la humanidad entera, que tantas veces anda por rumbos tan equivocados!

Aunque esperamos anhelantes la Segunda Venida de Cristo, y nos preparamos día tras día, sea para la hora de nuestra muerte o para la Parusía al Final de los Tiempos, sabemos que son ciertas estas palabras de San Pedro: *“No tarda el Señor en cumplir su promesa, como algunos piensan; más bien tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan.”* (2Pe 3,9)

Aquí vemos claramente que la paciencia es el amor puesto en práctica: Dios es paciente porque ama; Dios ama y por eso espera.

Vale aclarar que la paciencia no tiene nada que ver con la indiferencia, la apatía y lentitud propia del temperamento. Más bien, va de la mano con la resolución de saber actuar en el momento indicado. Y precisamente el “actuar en el momento indicado” es una forma de paciencia. Este fruto del Espíritu Santo sabe esperar a que llegue el tiempo preciso; no es apresurado; no actúa impulsiva y espontáneamente; sino que reflexiona y, mejor aún, en su actuar coopera su entendimiento con Tu guía, oh Espíritu Santo.

Si consideramos a la paciencia como amor puesto en práctica, podremos ver que abarca muchos aspectos: el

dominio de sí mismo; la abstinencia, en el sentido de saber refrenar palabras y acciones apresuradas; la bondad; la longanimidad...

Conclusión

Así, oh Espíritu Santo, estos doce frutos Tuyos que hemos meditado, no son independientes ni crecen por separado. Más bien, crecen todos en un solo árbol, que es el amor.

Si probamos de los frutos de este árbol, no sucederá lo que sucedió en el Paraíso. No son frutos prohibidos, que nos separarían de Dios por la desobediencia. Por el contrario, son expresión de la verdadera vida; son reales y auténticos frutos del “árbol de la vida”, que nos fue dado en Jesús. Podemos comer de ellos para ser como Dios, pero no como sucedió en el Paraíso, donde el hombre cayó en la seducción de Satanás de tomar el fruto prohibido por su propia cuenta, para llegar a ser como Dios.

Ser como Dios en sentido del Espíritu Santo, significa que Su forma de actuar, Su amor, Su Espíritu se hace eficaz en nosotros, de manera que podemos producir aquellos frutos sobre los que hemos meditado. Éstos nos hacen semejantes a Dios, y así podremos llegar a cumplir el proyecto que Dios, en su bondad, ha pensado para nosotros, los hombres.

¡Oh Espíritu Santo, sólo podemos darte las gracias por todo lo que Tú haces por nosotros y en nosotros! ¡Jamás te habremos agradecido y alabado lo suficiente!

Entonces, permítenos simplemente decirte que TE
AMAMOS.